

Borges y el Nobel

daniel bernardo grimberg

Image not found.

Capítulo 1

Borges y el Nobel (por Daniel Bernardo Grimberg)

No hay desdén ni mala animosidad ni viento en contra que limite el camino del hombre, lo haga esclavo de alguna predestinación y lo entrometa con rigor en tiempos anodinos; la libertad no es confundible con esa suplantación de lo real que es el teatro, y a quien la posee, toda clase de maravillas le están permitidas durante los muchos días y noches. He empezado de esta forma para demostrar en forma sucinta la vieja cuestión del Nobel y Borges, esa ilustre frustración que abarcó algunas décadas y verificó que a la falsedad le es suficiente el silencio para subsistir, y que a veces la fatalidad de esperar constituye el verdadero drama.

En estos días la imagen de don Jorge Luis se yergue sobre el mundial espectro literario, otorgando un amable perdón a aquellos que molestos por poderosas nimiedades, no quisieron que su nombre figure en el "probo panteón" ya que le atribuyeron armar una doctrina de rarezas y mutilaciones que combinó agónicas posibilidades para llegar a pasados que nunca dejaron de pertenecer a un tiempo cíclico. No entendieron sus ráfagas de cándido humor, y despreciaron su utopía que no se alejaba mucho de poder respirar tranquilamente. Era apenas un hombre a cuya audiencia no veía, pero era inmanente a su obra.

Pasaron aún más décadas, y la esforzada voz de Borges alcanza los innumerables tumultos de hombres en ciudades atareadas que habían sido fundadas sobre hielos, o en las que en otras épocas se entablaron batallas infames, o surgieron con la sensata propuesta de brindar a la gente una vida más digna. Su contigüidad está en el idioma, en sus juiciosas metáforas, en las lecturas que cientos de miles hicieron de sus épicas y poesías. Personas de separadas generaciones se han sentado para saborear sus relatos y ensanchar sus horizontes intelectuales (y ver las cosas desde el punto más alejado que la razón permite). Han asociado su literatura a los trabajos diarios, a la preocupación metafísica, a la dicha del sueño y la inmensa alegría de quien no está soñando.

¿En qué sórdida cuestión pensaron aquellos académicos suecos cuando decidieron postergar para siempre al nominado escritor argentino? Ellos fingieron que desaparecía su nombre o por lo menos pusieron diques para

que eso sucediera.

El albedrío de quienes lo juzgaron con torpeza ya se ha apagado; ellos retuvieron una autoridad que consideraron tan dura cómo el diamante, pero se diluyó a barro como lo hacen los copos de nieve cuándo caen a tierra; entre las miradas bajas de los hombres y el fulgor de las estrellas hicieron una substitución espectral de valores, tomaron modelos diferentes para que fluyera la incertidumbre. Por otro lado, Borges ha sido sostenido con aplomo por los tiempos, los verdaderos jueces, los que deciden qué cosa es veraz y no se turban por modas ni vanidades: Estos son sabios y silenciosos, y trabajan mientras los hombres duermen.

Es hora de pronunciar palabras irrespetuosas y de esencias volcánicas para deshilvanar aquel desatino. Organizar al fin al sentido común de manera frontal. ¡Es hora de crear los Premios Borges! Lo establecemos por este canal, en español y en los cientos de heterogéneos idiomas del orbe, con el anuncio que la esperada notoriedad está cerca de quien recibe éste mensaje.

Estos se darán los que han entendido la errónea aptitud que brinda la fama, nunca aceptaron guiarse por lo efímero, repudian cualquier tiranía (ya sea de una persona o un estado), y nunca se esforzaron en continuar las antiguas trivialidades. También a aquellos que han adquirido la sabiduría a través de los preámbulos y las pautas de sus cuentos. ¡Se darán a todo aquel que lo solicite y nunca haya ganado un Nobel... al hombre que sea capaz de elevarse sobre las multitudes para ser independiente!

Se premiará al arte de vivir, y será apto para participar desde el simple jornalero que alguna vez grabó una esperanzada expresión en las paredes de un depósito, a aquel que talló en la roca sus sentimientos amorosos, y al que anotó insustituibles palabras de aliento en el marco de una red social. A cualquier persona que recreó con la escritura una ilusión y no un arte perfecto. Serán demagógicos premios, pero siempre es mejor premiar a entregar iracundos castigos, y construir una comunidad en vez de una conjunción extraña de gentes.

Amigos: El ser feliz es recibir al gran Premio de la Vida.

Fin